

tre Hernan Cortés, distinguió á lo lejos otra carabela.

En ella iba á bordo un personaje de los más importantes de esta historia: Pánfilo de Narvaez.

Sus sueños ambiciosos se habian realizado.

El monarca español le habia autorizado para proseguir los descubrimientos por la parte de lo que hoy se llama la Florida.

Hagamos un paréntesis para dar á conocer lo que pasó, porque nuestro relato servirá de complemento á la historia de la conquista de Méjico, que tan benévolamente han acogido nuestros ilustrados suscritores.

Capitulo CXXXIV.

En que se da cuenta de la partida de la armada á cuyo frente iba Pánfilo de Narvaez.

El dia 17 del mes de Junio de 1527 partió del puerto de Sanlúcar de Barrameda Pánfilo de Narvaez con poder y mandado de su majestad Carlos V para conquistar y gobernar las provincias situadas desde el rio de Palmas hasta el cabo de Tierra Firme.

La armada que mandaba se componia de cinco navíos, en los cuales próximamente irian unos seiscientos hombres.

Los oficiales que llevaba eran los siguientes:

Cabeza de Vaca por tesorero y alguacil mayor, Alonso de Solís como factor, Alonso Enriquez como contador, y como comisario á Juan Suarez, fraile

franciscano, al que acompañaban cuatro individuos de la misma orden.

Llegaron á la isla de Santo Domingo donde estuvieron cuarenta y cinco días proveyéndose de algunas cosas necesarias, especialmente de caballos.

De la armada desertaron más de ciento cuarenta hombres, halagados por las promesas que los de la tierra les hicieron.

Vasco Porcallo, venino de la Trinidad, ofreció dar al gobernador ciertos bastimentos.

Pánfilo de Narvaez, con toda la armada, partió para allá; pero al llegar al puerto llamado Cabo de Santa Cruz, decidió esperar allí la llegada de los bastimentos, comisionando para hacerse cargo de ellos al capitán Pantoja y á Alvar Nuñez Cabeza de Vaca.

En cuanto llegaron á la Trinidad, el capitán Pantoja fué con Vasco Porcallo á la Villa, distante una legua de allí, para recibir los bastimentos.

Cabeza de Vaca quedó en el mar con los pilotos, los cuales le dijeron que con la mayor presteza se alejasen de aquel puerto, porque de lo contrario sería muy fácil que perdiesen los navíos.

Un momento despues tuvieron ocasion los expedicionarios de convencerse de la exactitud de las predicciones de los pilotos.

Las olas comenzaron á desencadenarse con gran violencia.

El viento Norte soplaba con tal fuerza, que ni los bateles osaron salir á tierra, ni pudieron dar en ninguna manera con los navíos al través, por ser el vien-

to por la proa; de suerte que con gran trabajo, con dos tiempos contrarios y haciendo mucha agua, estuvieron aquel dia y el domingo hasta la noche.

La tempestad arreció de tal modo, que se inundó el pueblo; las casas y las iglesias se vinieron al suelo, y era necesario á los que habian saltado en tierra caminar abrazados seis ó siete para evitar que el viento les arrastrase.

Cuando cesó la tempestad, cuando sucedió la calma y creían los expedicionarios haberse librado de todos los peligros, les asaltó un nuevo temor.

Un ruido infernal, y en son de guerra, de casaca- beles, flautas, tamborinos y otros instrumentos, llegó á sus oídos.

Preparáronse para cualquiera agresion, y felizmente terminó la noche sin tener que empeñarse en combate alguno.

Al dia siguiente bajaron al puerto, y no hallaron los navíos.

Vieron las boyas de ellos en el agua, y anduvieron por la costa por ver si hallaban alguna cosa de ellos.

Nada encontraron y se internaron por los montes.

Andando por ellos, al cabo de un cuarto de legua, hallaron la barquilla de un navío puesta sobre unos árboles, y diez leguas de allí, por la costa, se hallaron los cadáveres de dos de los que tripulaban la nave de Cabeza de Vaca.

Trabajo costó identificar quiénes eran, porque los

muchos golpes que habian sufrido contra las rocas les habian desfigurado por completo.

Tambien hallaron una capa y una colcha hecha pedazos.

Perdiéronse en los navíos sesenta personas y treinta caballos.

En este tiempo llegó Pánfilo de Narvaez con un bergantin que en la Trinidad compró.

Traia consigo un piloto, que se llamaba Miruelo.

Habíale elegido, porque decia que sabia y habia estado en el rio de las Palmas, y era muy conocedor de toda la costa del Norte.

Tambien habia comprado otro navio en la costa de la Habana, en la cual quedaba por capitán Alvaro de la Cerda con cuarenta hombres y doce de á caballo.

Dos dias despues que llegó el gobernador se embarcó, y la gente que llevaba eran cuatrocientos hombres y ochenta caballos en cuatro navíos y un bergantin.

El piloto á quien hemos citado antes, metió los navíos por los bajíos llamados de Canarreo.

Al dia siguiente se encontraron los expedicionarios en un paraje completamente seco.

Por fin, una tormenta llenó de agua los bajíos, y pudieron darse á la vela, aunque con gran peligro.

Arrostrando nuevas penalidades, atravesaron por la costa de la Florida, y llegaron á la tierra.

El Jueves Santo se encontraron á la entrada de

una bahía, cerca de la cual distinguieron algunas casas de indios.

El contador Alonso Enriquez llamó á los indígenas y conferenció con ellos largo rato.

Por vía de rescate le dieron pescado y algunos trozos de carne de venado.

Cuando desembarcó Pánfilo de Narvaez y se dirigió á las casas ó buhios de los indios, les halló completamente desiertas.

Sus habitantes, durante la noche, las habian abandonado.

Uno de aquellos buhios era tan grande, que cabrian en él cómodamente más de trescientas personas.

Pánfilo de Narvaez tomó posesion de la tierra en nombre del monarca español, y acordó explorar el terreno para formar idea exacta de él.

Le acompañaron el comisario y el veedor con cuarenta hombres, entre ellos seis de á caballo.

El gobernador mandó que el bergantin fuese costeando la vía de la Florida, y buscarse el puerto que Miruelo, el piloto, habia dicho que sabia.

A las cuatro leguas hallaron algunos indios, á los que, mostrándoles maiz, les preguntaron por señas si allí lo habia.

Contestaron que no; pero dieron á entender que les conducirian á un sitio en que se criaba con gran abundancia.

Signiéronles, y cerca de los maizales vieron muchas cajas de mercaderes de Castilla, y en cada una de ellas habia un cadáver.

Todos estos cadáveres los cubrían cueros de venado pintados con colores groseros.

Al comisario le pareció que esto era una especie de idolatría, y quemó las cajas con los cuerpos.

Hallaron también pedazos de lienzo y de paño, penachos que parecían de la Nueva España y algunas muestras de oro,

Supieron que en Apalache había ricos criaderos de este precioso metal, y en cuanto transmitieron esta noticia á Pánfilo de Narvaez, decidió trasladarse allí.

Antes, sin embargo, quiso oír la opinión de los oficiales que formaban parte de su escuadra.

Llamó, pues, al comisario, al contador, al veedor, á un marinero muy inteligente que se llamaba Bartolomé Fernandez, y al escribano Jerónimo de Alaniz, y les dijo:

—He querido consultaros, porque abrigo el proyecto de penetrar tierra adentro.

—¿Y pensáis abandonar los navíos?

—Los navíos pueden ir costeando.

—A mi juicio,—añadió otro,—no debemos separarnos de ellos hasta dejarlos en puerto seguro. Los pilotos ne están muy ciertos respecto al punto en que nos hallamos.

—Lo mejor que debiera hacerse es buscar otro puerto y tierra que fuese mejor para poblar.

—No participo yo de esas ideas,—dijo el comisario;—embarcarnos de nuevo en alta mar, es desafiar la cólera del Señor. Recordad los trabajos que hemos pasado desde que partimos de Castilla, las tor-

mentas que hemos sufrido, y las pérdidas de navíos y de gente que hemos tenido hasta llegar aquí. Sigamos, pues, costeando hasta llegar al puerto, y que los demás navíos hagan lo propio.

Pánfilo de Narvaez pidió al escribano extendiese testimonio de la conferencia que acababa de celebrarse, para en todo tiempo poder probar, si había que lamentar alguna catástrofe, que no era él el responsable de ella.

Capítulo CXXXV.

Donde se describe el territorio de Apalache, y los sucesos interesantes que allí tuvieron lugar.

Pánfilo de Narvaez mandó repartir entre los que habian de ir con él dos libras de bizcocho y media libra de tocino

La suma de toda la gente que llevaba ascendía á trescientos hombres.

Formaban parte de ella el comisario fray Juan Suarez, fray Juan de Palos, tres clérigos y los oficiales.

Llevaba tambien cuarenta caballos.

Pusiéronse en marcha, pasaron un rio á nado y en balsas, y al llegar á la orilla opuesta salieron á su enencontro unos doscientos indios en ademan hostil.

Prendieron cinco ó seis, y estos les llevaron á

sus casas, situadas á una media legua de allí, en las que encontraron gran cantidad de maíz.

Dieron mil gracias á Dios por haberles socorrido en tan grande necesidad, porque la mayor parte de los que formaban la expedicion de Narvaez eran soldados bisonos.

No estaban acostumbrados á sufrir los rigores del hambre y del cansancio.

Alvar Nuñez Cabeza de Vaca era el que más impaciente estaba por explorar el terreno, y el gobernador puso á su disposicion cuarenta hombres con este objeto, designando tambien para que le acompañase al capitán Alonso del Castillo.

Al medio dia llegaron á unos planceles de la mar, que parecia que entraban mucho por la tierra.

Anduvieron por ellos dos leguas con el agua hasta la mitad de la pierna, pisando por encima de ostiales, de los cuates recibian muchas cuchilladas en los pies.

Interminable seria la relacion de los muchos trabajos que tuvieron que sufrir antes de llegar á Apalache, objeto principal de aquella exploracion.

No bien pusieron la planta en dicho pueblo, tuvieron que sostener ruda lucha con sus salvajes habitantes.

Al fin huyeron, y los españoles quedaron dueños del terreno.

Hallaron gran cantidad de maíz en completa sazón para cogerse, y mucho ya seco que tenían encerrado.

Hallaron igualmente muchos cueros de venado y algunas mantas de hilo, con que las mujeres cubrían parte de su desnudez.

En el pueblo había unas cuarenta casas pequeñas y edificadas en los lugares más altos para preservarlas de las inundaciones, tan frecuentes en el país.

Muchas de ellas estaban cercadas de espeso monte, grandes arboledas y muchos piélagos de agua, lo que les daba ciertas condiciones de seguridad respecto á cualquier agresión.

El territorio es generalmente llano.

El suelo de arena y tierra firme.

Abunda el arbolado, viéndose con profusión nogales y laureles, liquidámbaros, cedros, sabinas, encinas, pinos, robles, etc.

Se encuentran muchas lagunas grandes y pequeñas, algunas muy trabajosas de pasar, ya por su gran profundidad, ya por los muchos árboles que los huracanes han arrojado en ellas.

Hay en esta provincia muchos maizales.

En los montes se encuentran conejos y liebres, osos y leones, y gervos. Estos últimos llevan los hijos en una especie de bolsa que tienen en el vientre. De este modo los conducen hasta que saben buscar de comer.

También es rica aquella tierra en aves.

Se ven ánsares en gran cantidad, patos, ánades, patos reales, dorales, garcetas y garzas, perdices, halcones, neblis, gavilanes y esmerejones.

Dos horas después de haberse posesionado los españoles de Apalache, los indios que habían huido á su llegada regresaron, pidiendo encarecidamente les entregaran sus mujeres é hijos que había hecho prisioneros.

Accedieron á esta petición, y sólo retuvieron en su poder á un cacique, que también había caído prisionero.

Se indignaron ante el cautiverio de su jefe, y al día siguiente ordenaron sus hueste y cayeron sobre los invasores.

Llevaron su denuedo y su valor hasta el punto de aproximarse á las casas que ocupaban los españoles y prenderlas fuego.

Estos, sin embargo, tuvieron tiempo de abandonar sus albergues.

Persiguieron a los agresores.

No pudieron alcanzarles, porque se acogieron á las lagunas que tenían muy cerca, y únicamente mataron á uno de ellos.

Veinticinco días permanecieron los españoles en este pueblo, en los que hicieron tres entradas por la tierra, y halláronla muy pobre de gente y muy mala de andar por los malos pasos y montes y lagunas que tenía.

No sabiendo qué determinación adoptar, procuraron adquirir datos del cacique prisionero.

—¿Qué población importante hay por aquí?—le preguntaron.

—Esta es la mejor de todas, —respondió;—cuanto

más os separeis de aquí la tierra es peor y ménos poblada.

—Y la tierra que se descubre hácia el Sur, ¿qué pueblos y mantenimientos tiene?

—Allí ya es otra cosa. Hay un pueblo que se llama Aute, en el que abundan el maíz, las judías y las calabazas. Tambien se coge mucho pescado en sus costas.

Los españoles no quisieron saber más.

Partieron de nuevo, y el segundo dia pasaron una laguna con gran peligro, porque el agua les cubria hasta el pecho.

Cuando se hallaban en medio de ella les acometieron los indios, que estaban escondidos detrás de los árboles, causándoles muchos heridos.

Querian estorbar el paso á los expedicionarios; pero Pánfilo de Narvaez mandó á los de á caballo que se apeasen y les atacasen á pié.

Nuevas pérdidas tuvieron que lamentar los que formaban parte de las huestes de Narvaez.

Los indios de la Florida son todos flecheros.

Los arcos que usan son gruesos como el brazo, de once á doce palmos de largo, y arrojan las flechas á doscientos pasos de distancia con una precision admirable, y con tal violencia que traspasan á veces un árbol de medio pié de espesor.

Pánfilo de Narvaez pagaba el daño que con sus intrigas habia causado al ilustre Hernan Cortés, héroe de nuestra historia.

Se habia declarado una horrorosa epidemia, y

uno de los primeros atacados de ella fué el gobernador.

Era preciso, sin embargo, abandonar á Aute, porque los indios les hostilizaban continuamente, y ni los caballos bastaban para trasportar los enfermos, ni sabian qué remedio oponer á aquel terrible azote.

Capítulo CXXXVI.

La emulacion y la envidia.

La fama de la gloria que el ilustre Hernan Cortés habia adquirido en las Indias, despertó una gran emulacion en todos los que se alistaron en las expediciones sucesivas.

La emulacion, cuando es digna, cuando es noble, produce infinitos beneficios, porque ella es el más poderoso estímulo para los hombres verdaderamente pundonorosos, y á su sombra se llevan á cabo las más heroicas acciones, los más esclarecidos hechos de armas, las más perfectas creaciones, producto del ingenio, de la actividad y de la sabiduría humana.

Pero cuando la emulacion se traduce en envidia, pierde toda su grandiosidad y no puede jamás dar ópimos frutos.

La conducta de Nuñez de Vaca nos dará la prueba de la verdad de este aserto.

Encargado este por Pánfilo de Narvaez de las comisiones más importantes, adquirió cierta preponderancia entre todos sus compañeros; pero para no suscitar rivalidades tuvo el buen tacto de no ejercer superioridad alguna sobre ellos.

Mostrábase al contrario más afable, más franco que nunca, y esta línea de conducta no pudo ménos de grangearle las simpatías de todos.

Se proponia, pues, ganar por completo su ánimo, porque si contaba con ellos, podria rebelarse contra Narvaez y erigirse él en jefe de los expedicionarios.

Andrés Dorantes, que era muy amigo suyo, le ayudaba poderosamente en su empresa, creando atmósfera, en torno de sus compañeros, y especialmente explorando el ánimo de los pilotos, que era de quien principalmente pendia el éxito de la trama que urdian.

—Pues, señor,—decia un dia el amigo del intrigante Nuñez de Vaca.—Alvar es de los pocos hombres que he conocido. Diariamente recibe las mayores distinciones de nuestro jefe, y sin embargo, es cada vez más llano y más francote con sus compañeros.

—Decís bien.

—Y tanto; otro, en su lugar, estaria más finchado que un portugués.

—Pero no debe extrañarnos,—añadió otro;—los

hombres que valen no se envanece con las caricias de la suerte. Sólo las almas mezquinas son las que se ensobrecen cuando alguna vez la fortuna, que es loca, les encumbra á puestos que ni siquiera habian soñado.

—No digas eso.

—¿Acaso no es verdad?

—Sí.

—¿Pues entonces?...

—Es que pudieras comprometerte, si alguien te oyese de los que forman la cohorte de aduladores de Pánfilo de Narvaez.

—No comprendo por qué.

—Porque, sin saberlo has hecho su retrato con una verdad perfecta.

—Soy sincero; debo deciros que no habia tratado de aludir á nadie en estos momentos, pero tus palabras me hacen reflexionar en la exactitud de lo que dices.

—Hombre, es muy grave que sigamos insistiendo en ese asunto, porque podia llevarnos demasiado lejos.

—Calla tú,—interrumpió otro,—que aún no peligra el esposo de la beldad que tanto te ha impresionado.

—No tengais gana de broma.

—Sí broma: como que ya es un secreto para nadie que tu miras á la esposa de nuestro jefe con más interés del que manda la Iglesia.

—Os equivocais de medio á medio; y en último

caso, la desgracia del marido podria hacer la felicidad del amante.

—¿Es decir,—se atrevió á aventurar Dorantes,—que vos no acogeriais con pena cualquier acontecimiento que diese por resultado la sustitucion de Pánfilo de Narvaez en el mando?

—De ningun modo.

—Yo me felicito de ello.

—Y yo tambien.

—Y yo.

No dejó de llamar la atencion de los asistentes á la escena que acabamos de referir el silencio de uno de ellos, lo que hacian sospechar que no se adheria al pensamiento general.

El que primero notó el mutismo de aquel hombre, que era un gramete, y encarándose con él le dijo:

—¿Por lo que se vé, Horcajo, no participas de nuestra opinion?

—¿Y quién os dice semejante cosa?

—Tu silencio.

—Pues precisamente mi silencio debia convenceros de que soy de los vuestros: el que calla otorga.

—No, el que calla no dice nada.

—No perdamos tiempo.—añadió otro,—que declare solemnemente, sin reticencias de ningun género, si aprueba ó no las palabras que acabamos de pronunciar aquí, ó de lo contrario...

No terminó la frase, porque le interrumpió el aludido, jurando con fingido entusiasmo que, no sólo odiaba á Pánfilo de Narvaez, sino que se hallaba

pronto, si se le designaba para ello, á acabar con él.

La vehemencia con que pronunció este juramento disipó las sospechas que algunos habian concebido.

Dorantes no quiso adelantar más, y se retiró, porque estaba concebido de que más harian en su ausencia las malas pasiones de sus compañeros, el rencor, la envidia, que siempre inspira el que ejerce el mando.

Fué, pues, á noticiar á Alvar Nuñez Cabeza de Vaca la buena disposicion en que se hallaban sus compañeros, y estos continuaron conversando.

—Mucho me alegraria,—decia un piloto,—que cualquiera circunstancia diese por resultado la sustitucion de Narvaez en el mando.

—¿Pero por qué le profesas tanto ódio?—preguntó otro.

—¿Crees que no tengo razon para ello? El que, como yo, ha pasado su vida en los mares, no puede sufrir con calma que sus consejos sean despreciados por el que no tiene la autoridad que dá la experiencia.

—Tiene razon.

—Aún recuerdo que al indicar yo el derrotero que debíamos seguir, se obstinó en lo contrario Pánfilo de Narvaez, y ya ves lo que hemos sufrido por su terquedad.

—La ignorancia y el amor propio son patrimonio de los palaciegos.

La llegada de Alvar Nuñez Cabeza de Vaca acompañado de Dorantes, quien ya habia conferenciado con él, interrumpió la conversacion.

La escena que comenzó acto continuo merece capítulo aparte.